

9 Días

Maike Márquez

9 días



MAIKE MÁRQUEZ

Capítulo 1

Prólogo

Y le tomó varios meses darse cuenta, meses en los que se sintió dichosa, era hermosa y aunque lo sabía; estar a su lado la hacía, de alguna forma; sentirse aún más bella. Era un sueño que en algún momento de su inocente juventud había tenido. La vida perfecta y a futuro: el retrato ideal de lo que sin querer había sido el resultado del accidente perfecto del destino.

Meses que disfrutó y deseó que fueran eternos pero no más de lo que le llevó planearlo todo, investigarlo todo y perfeccionarlo todo para su vendetta personal...

Capítulo 2

9 días

Miró el sobre una vez más y sorbiendo un trago de café examinó la escritura en aquel papel amarillo.

"9 días para enderezar tu vida"

—¿Enderezar mi vida?— rió con nerviosismo, ¿Quién demonios había enviado esto y qué clase de broma enferma era?, pensó en no darle importancia, de hecho podría tratarse de una jugarreta de su hijo de 16 años con quien llevaba sino una relación mala, al menos sí una distante. A esos mocosos de ahora se les meten muchas cosas en la cabeza, es la maldita televisión, pensó.

Miró el papel nuevamente, la escritura era impecable y los trazos de aquella manuscrita parecían dibujar las palabras. Se llevó el papel a la nariz como esperando detectar algo, algún aroma en la tinta o un perfume conocido impregnado en aquel papel de color amarillo, pero no consiguió nada.

—Los miembros de la mesa directiva lo esperan— interrumpió su secretaria.

La abrupta interrupción provocó que dejara caer el papel sobre el escritorio.

— ¿Ocurre algo?— cuestionó ella.

—Nada, no es nada Regina, todo está bien— miró el reloj de su escritorio, eran las 10:40 y hacía 10 minutos que debía estar en el salón de juntas.

—Lo están esperando— agregó Regina.

—Lo sé— dijo él, guardando el papel en el bolsillo interior de su saco. Regina se apresuró a ayudarlo con la corbata y estuvo listo para la reunión...

.....

La hora del almuerzo siempre era igual, aburrida... Algunos idiotas se divertían rebotando balones como si de ello dependiera su vida. El bullicio de la gente alrededor se hacía insufrible y la tensión de saber que en cualquier momento volvería a suceder; le revolvía el estómago. Le sudaban las manos, observó el reflejo de la cornisa en un charco junto a él, la imagen era clara hasta que un balón destrozó todo aquello

escenario. Su mano derecha se adueñó de su nuca para que sus labios se apoderaran de los carnosos y seductores labios que en tantas ocasiones ya había hecho suyos.

La escuchó gemir, en un arrebató de excitación; cuando su mano izquierda se encontró con su sexo, aún oculto; bajo la fina capa del encaje de su lencería.

Le susurró un "te amo" al tiempo que mordisqueó con dulzura uno de los lóbulos de sus orejas, más como un preludio de lo que planeaba hacer con ella esta noche, que como un acto de un hombre excitado. A ella le gustaba escucharlo, aunque fueran mentiras, aunque se tratara de promesas hechas al aire.

Retiró con maestría la corbata que aprisionaba al hombre que hasta ahora la había hecho sentir como si en cada encuentro se le fuera la vida en ello, aquello le hacía sentir como si no existiera otra mujer más importante en su vida. Ella besó su cuello, lo había hecho cientos de veces, deseando poder marcarlo para dejar sembradas las huellas de la pasión que vivían cada vez que estaban juntos y que todo el mundo pudiera ver al fin que él le pertenecía, que era suyo aunque fuera en esos breves momentos en los que podían estar juntos.

Mitigó el deseo pensando en las reglas establecidas y que ella misma había aceptado: Estaba con un hombre casado. Sus manos se deslizaron sobre su pecho, desabotonando de a poco la elegante camisa que él portaba, acarició sus pectorales llevando las manos a sus hombros para retirar la tela llevándola hacia su espalda, sus hombros eran firmes y la musculatura de su espalda resultaba seductora.

La inclinó sobre los cojines, acomodándose entre sus piernas ahora separadas por su presencia. Se retiró un momento para deshacerse del pantalón mientras ella lo observaba. Se abalanzó sobre ella ardiendo en deseo, besó su delgado cuello, succionando ligeramente tras cada beso. Llevó su mano derecha hasta la espalda de aquella mujer, para desabrochar uno a uno los ganchillos que la opresaban bajo esa tela púrpura que dejaba ver su pálida piel entre las transparencias; jugueteó con la tela un poco antes de deshacerse de ella y encontrarse con los delicados y erguidos pezones de su amante, tomó uno de sus senos envolviéndolo con la mano mientras su boca se dirigía al otro, la escuchó gemir buscando ahogar los jadeos que la hacían presa del placer que experimentaba.

— ¿Quieres estar conmigo? — cuestionó él, más como un juego que esperando una respuesta.

— Sí... — gimió ella, enterrando sus uñas en la espalda de su

—Ha tenido problemas en la escuela, nada serio; pero no estuvo de humor para venir— explicó ella.

—Ya veo— suspiró Ricardo, en el fondo le daba gusto ver a Patricio, después de todo era el único de sus hijos con el que se podía mantener una conversación razonable.

— ¿Estás bien?, te ves cansado.

—He estado recibiendo unas tarjetas raras, es todo— confesó, sabía que podía confiar en Ana Lucía

— ¿Tarjetas raras?

—Sí, alguien está tratando de fastidiarme eso es todo— dijo restándole importancia.

— ¿Qué clase de tarjetas? Algo como que tengo 9 días para enderezar mi vida— dijo haciendo una mueca—, es sólo algún bastardo que quiere hacerme pasar un mal rato.

— ¿Ya hablaste con las autoridades?— cuestionó ella un tanto preocupada.

—No hace falta, te digo que se trata sólo de una broma, seguro es alguien de la oficina, tal vez están molestos porque soy miembro de la mesa directiva.

— ¿Cuándo pasó eso? ¡Felicidades!

—Gracias, en realidad no hace falta que me felicites, pero dijiste que Patricio tuvo problemas en la escuela, ¿qué ocurrió? Ana Lucía acomodó la servilleta de tela sobre sus piernas y suspiró.

—En realidad no es nada, le encontraron una papeleta de una compañera en el pupitre y se negó a decir de quién era, ya sabes cómo son los chicos ahora.

— ¿Una papeleta? — Ricardo se sorprendió de escuchar que su hijo Patricio tenía interacción con otros chicos.

—Sí, conversaciones con papel, así lo hacen cuando no pueden sacar el teléfono. Pero va a estar bien, dice que él se encarga, ya sabes como es él.

—Sí que lo sé

viejo? Ricardo suspiró, recobró el porte y se dirigió a su oficina:

—Señor Rivadeneyra, ¿a qué debo el honor de su presencia?— preguntó con diplomacia.

— ¡Siéntate Soto!— ordenó el viejo.

"*Esto va mal*", pensó Ricardo tomando asiento frente a su escritorio, era la primera vez que veía su propio escritorio desde esta perspectiva.

— ¿Te crees que eres alguien importante para la firma?— no supo qué responder, ¿de qué iba esto?—, ¿acaso piensas que porque ahora tienes un lugar en la mesa directiva puedes tratar a mi hija como se te venga en gana?— reclamó con molestia el hombre al que Ricardo le debía su posición.

— ¿Perdón?— Ricardo no entendía a qué venía todo eso.

— ¿Creíste que no me enteraría?, Robertito está en una edad complicada y por lo mismo se vuelve arrogante y caprichoso; pero que tú le hagas esas groserías a mi princesa es imperdonable.

—Disculpe pero... ¿de qué estamos hablando? — en verdad no lograba entender de qué iba la conversación.

— ¿Ahora vas a pretender que no sabes de lo que hablo? Ricardo entendió que lo más sabio era permanecer en silencio. Te recuerdo que se lo debes todo a María Luisa, tú no eres nadie y si vuelvo a saber que has maltratado a mi hija te sacaré de su vida como la vil cucaracha que eres.

— Roberto Rivadeneyra iba en serio, Ricardo lo sabía, lo mejor era permanecer en silencio y no cuestionar o contradecir a su suegro. Decidió esperar, ya le preguntaría a María Luisa qué le había dicho a su padre.

—Lo siento mucho señor, le aseguro que no volverá a ocurrir— se disculpó aunque sin saber de qué.

—Pues será mejor que así sea Soto, de lo contrario tendrás que arreglártelas en la calle— sentenció el viejo—, no quiero volver a escuchar que mi María Luisa sufre por tu causa.

Ricardo aguardó paciente a que su suegro abandonara la oficina, se había quedado pasmado, ¿qué había sido todo eso? Se ocupó de sus asuntos y no pasaron más de dos horas antes de que el señor Rivadeneyra quisiera volver a verlo; esta vez le había pedido que subiera a su oficina, parecía algo importante relacionado con el trabajo.

—Ricardo Soto— anunció la secretaria de Rivadeneyra.

— ¡Siéntate Soto!, gracias Mari. — la actitud del viejo cambiaba de un interlocutor al otro, era como estar con un psicópata.

Permanecieron en silencio hasta que la mujer abandonó la oficina. Ricardo se sentía incómodo, esperaba que esto no fuera la segunda parte de la discusión sobre María Luisa.

— ¿Conoces a Ignacio Barraza?— preguntó su suegro.

Por supuesto que lo conocía, se trataba de uno de esos a los que les había dado dinero de Arteaga a cambio de algunos "favores". Pero... ¿qué sería lo más indicado a responder? Su suegro dejó caer algunos papeles sobre el escritorio, era difícil saber de qué se trataba hasta que los tomó con sus manos.

— ¿Movimientos bancarios?— Ricardo revisó los documentos, no sólo estaban los informes de Barraza, por lo menos había otras tres personas a las que recordaba haberles depositado y a la vez los datos de su cuenta personal en la que se podían ver los depósitos interbancarios entre la cuenta de Arteaga y la suya. Por las fechas sólo había que relacionar qué él había sido el intermediario.

Le vino a la mente la tarjeta de la mañana, aguardó paciente a lo que tuviera que decir su jefe.

— ¿Hay algo que quieras decir al respecto?— presionó Rivadeneyra, Ricardo sabía que su suegro era un viejo sabueso y a estas alturas seguramente ya se imaginaba de qué iba el asunto— Arteaga fue...— lo pensó mejor— es, si no me equivoco; un caso afortunado en tu carrera, ¿no es así?— Había dado en el clavo, ¿cómo explicar las cosas ahora?, ¿lo tomaría mal?

—Así es— respondió Ricardo sin querer dar más detalles. rto Rivadeneyra tomó los documentos en sus manos e hizo mueca de examinarlos.

—Me parece que estas fechas coinciden con el proceso, ¿no es cierto?... ¡saliste victorioso!—celebró con sarcasmo.

—Tuve que hacer algunas cosas...— inició Ricardo.

— ¡Pagar sobornos!— exclamó Rivadeneyra.

Ricardo permaneció en silencio, se le vinieron muchas cosas a la cabeza, debía haberse deshecho de dicha cuenta cuando terminó con el caso. ¿Quién podía haber querido sacar eso ahora?, ¿desde cuándo lo venían acosando?, ¿sería el fin de su carrera en esta firma? Rivadeneyra parecía

podía ganar, en casa todo estaba perdido.

Vio la línea luminosa, que se filtraba bajo su puerta; extinguirse. La jornada en la casa había terminado, su madre no había insistido en hacerlo comer pero esperó veinte minutos antes de salir a buscar comida. Recorrió el pasillo evitando a toda costa hacer ruido, no quería que su madre se levantara a molestarlo.

En la cocina había un silencio sepulcral, abrió el refrigerador y pegó un brinco cuando el motor de éste inició la marcha, apaciguó sus nervios una vez que entendió que sólo él lo había escuchado, tomó un yogurt bebible y en un plato hondo sirvió un puño de cereal, mismo en el que vertió el yogurt y tomó asiento en la mesa de la cocina, la mesa que servía sólo para que la servidumbre pudiera comer, pues su madre jamás permitiría que la servidumbre y ellos compartieran el mismo espacio, se sentía bien, por alguna razón aquellas sillas eran más cómodas que las del comedor, se sentía bien en medio de la luz mortecina que se colaba por las ventanas.

Escuchó la puerta abrirse y sintió un frío recorrer su espalda.

—Perdón— dijo una chica—. No sabía que estaba aquí— dijo buscando alejarse.

Roberto se dio cuenta de que no conocía a aquella chica, era evidente que se trataba de alguna empleada, de qué otra forma podía estar aquí; pero se sintió mal de no saber quién era ella.

—Está bien— dijo Roberto—, yo sólo quería comer algo— sonó casi a disculpa.

La chica ingresó y se sirvió un vaso de agua, fue un momento incómodo, se veían el uno al otro sintiéndose fuera de lugar.

— ¿Cómo te llamas?— cuestionó él admitiendo desconocer aquello.

—Vianey— respondió la chica con un poco de timidez.

—Roberto— dijo él a modo de introducción.

—Lo sé.

Un silencio incómodo se hizo presente, Vianey sintió que debió haber omitido ese "lo sé".

— ¿Un día difícil?— cuestionó ella buscando romper el silencio. rto no

Capítulo 4

En matemáticas todo era aburrido, Patricio podía sentir las miradas de sus compañeros sobre él; la "nueva" apariencia del chico parecía despertar la curiosidad de sus compañeros.

Se sentía incómodo, de haber sabido que las cosas se pondrían así habría pensado en otra cosa. Pronto llegaría el descanso y podría poner a prueba su decisión de cortarse el cabello, sabía que ya no podrían asirlo de él, pero buscaba averiguar qué efecto tendría en aquellos que lo molestaban. Al mismo tiempo se preguntaba por qué Darina sabía el número de su matrícula. En el descanso decidió esperar bajo un árbol, era un día caluroso y en las bancas no encontraría refugio del sol.

—Pato— escuchó la voz de Darina detrás de él.

La chica llevaba un semblante tímido y parecía indecisa respecto a acercarse o no, el chico permaneció inmóvil aunque con gesto amable. Darina tomó asiento a su lado y permaneció en silencio por un momento.

— ¿Qué te pasó?— cuestionó Darina señalando la cabeza del chico con la mirada.

—Me corté el cabello— respondió Patricio restándole importancia.

— ¿Tú mismo? Patricio asintió con la cabeza. ¿Estás bien?— preguntó ella.

— Batracio, ¿qué hiciste que cada día estás más feo?— se escuchó la voz de Roberto Rivadeneyra.

Darina frunció el ceño y fulminó a Roberto con la mirada.

— ¿No tienes otra cosa mejor que hacer?— cuestionó con molestia.

— ¿Es tu novia?, no sabía que ya te habías conseguido una para callar las voces— dijo Rivadeneyra ignorando por completo a la chica— ¿sí sabes que tu novio es maricón? Uno de los acompañantes de Roberto retiró la pinza con la que Darina había peinado su cabello.

— ¡Devuélveme eso!— reclamó la chica.

—Déjenla en paz— ordenó Patricio enojado.

—Uy debe ser su novia, no hay que hacer enojar al batracio se vaya a poner violento se burló Roberto— dale su pinza— ordenó a su amigo quien

—Supe que Roberto se metió en problemas ayer— dijo apenas Ricardo cruzó la puerta.

—Buen día— saludó Ricardo.

—Sí buen día, ¿cómo está mi nieto?

—Roberto está bien, de hecho fue el otro chico al que le tocó pagar factura.

Su suegro arqueó la ceja, ¿por qué estaban hablando del otro chico?

— ¿Ah sí? Sí, Roberto le rompió la nariz.

— ¿En serio?— rió el señor Rivadeneyra—, siempre supe que tendría buen puño.

Era de imaginar que se sintiera orgulloso de una cosa así, probablemente si otras hubiesen sido las circunstancias a Ricardo también le habría hecho gracia, pero era Patricio el que tenía la nariz rota y eso era algo que Ricardo llevaba trabado.

—Tuve que encargarme de los gastos médicos del chico.

— ¿Buscas un reembolso?— cuestionó Rivadeneyra.

—No, sólo le comento lo que ocurrió.

—Ese muchacho...— Rivadeneyra celebraba con esa sonrisa socarrona—, ¿te dijo por qué lo hizo?

—No tuve oportunidad de hablar con él ayer, llegué muy tarde a la casa; él ya estaba dormido.

—Pues bien, cuando lo sepas infórmame, no quiero regañarlo si es que no lo amerita.

—Así lo haré.

Ricardo pensaba que sí lo ameritaba.

. * .

Estaba harta, esto ya era demasiado, ya era personal. Se sentía humillada y ya no iba a aguantarlo más.

Ya no lo soportaba, lo quería fuera de su vida, lejos de ella; pero no iba a dejarlo ir tan fácil, al menos le haría pagar de alguna forma todo el tiempo

— ¿Te duele mucho? –preguntó Darina.

Patricio se tocó la nariz y respondió:

—No, sólo un poco, creo que lo necesario.

Darina rió.

—Hablas muy raro.

Patricio no supo cómo interpretar aquello, optó por guardar silencio.

— ¿Dejaron mucha tarea? –cuestionó recordándole a la chica la razón que le había dado para visitarlo.

—En realidad no mucha, ¿vas a ir mañana?

—No lo sé, depende de mi madre; si por mí fuera habría ido hoy, pero ella no estaba cómoda con eso.

—Tuvimos examen de física.

— ¿Para calificación final?

—Para el bimestre, creo.

— ¿Y cómo te fue? –cuestionó él.

—No respondí nada –se apenó—, no le entiendo nada a la maestra, creo que la física y yo no cabemos en el mismo espacio.

—Si quieres te explico –ofreció ayudarla el chico.

—Gracias, en mate regresamos a trigonometría, parece que vamos a tener un examen diagnóstico en unos días y la maestra no quiere que acabemos mal.

Darina sacó sus libretas y comenzó a mostrárselas a Patricio, el chico se acercó y se sentó sobre el suelo justo frente a Darina. Parecía concentrado revisando las notas del día. Vaya –suspiró Darina—, no imaginaba que escucharas esta clase de música.

Patricio levantó la mirada y la fijó en la chica.

— ¿Te gusta? –preguntó.

—En realidad escucho otro tipo de música, soy más comercial, ¿sabes?, y escucho música en español, me gusta el pop –dijo entregándole su celular

a Patricio para que pudiera ver la lista de artistas que escuchaba. Patricio sonrió y revisó el teléfono.

—Yo no escucho nada de esto –dijo—, bueno, sólo que esté en la radio, pero en realidad no suelo escuchar esa música.

—Yo no tengo la menor idea de quiénes son los que tocan lo que estás reproduciendo –declaró Darina, ambos se rieron por un momento, Patricio sacó una libreta y comenzó a copiar lo que la chica tenía en sus libretas.

Darina recorrió la habitación de Patricio y tomó asiento frente a la computadora, leyó los nombres de las canciones y artistas que el reproductor de medios transmitía; no conocía ningún artista, tuvo la sensación de que Patricio y ella pertenecían a mundos totalmente diferentes.

— ¿Puedo checar mi correo electrónico? –cuestionó aprovechando una conexión al internet.

Patricio aceptó, aunque le preocupaba que Darina revisara el historial, si lo hacía descubriría lo que el chico había estado haciendo, y no quería que pensara que estaba obsesionado con Rivadeneyra, la observó a la distancia, todo iba normal, parecía que Darina no tenía tanta malicia. Patricio terminó de copiar las notas y se percató de que en ningún lado se mencionaba alguna tarea.

— ¿Quieres algo de tomar? –preguntó por cortesía.

—Agua está bien.

El chico fue a buscar el agua.

.....

Roberto no quiso comer en casa, prefirió salir con sus amigos y atiborrarse de comida chatarra. Pasarían la tarde en el centro comercial, y eso siempre servía para conocer niñas nuevas con las que pasar el rato, niñas fáciles.

Llegaron al área de fast food, y cada quien se dirigió a comprar la comida de su preferencia, para Roberto serían hamburguesas, en su mente la idea de que en cualquier momento sus amigos sacarían el tema de su reunión con la psicóloga, no permitiría que hicieran de él la comidilla.

En la mesa cuatro muchachos, todos actuando como trogloditas y compartiendo la comida, por un lado pizza y gajos de papa, alguien quiso sushi; Roberto, hamburguesa con papas fritas; tacos al pastor, y una ensalada que die recordaba haber comprado. Todos comiendo con las

intrigada—, no dejaron tarea, ¿verdad? –decidió tomar otro tema.

La chica se sonrojó y recordó el pretexto que había utilizado al presentarse.

— ¿Por qué estás aquí? –cuestionó él. La verdad es que yo... —Darina llevó la mirada al suelo—. Estaba preocupada por lo que pasó ayer, quería ver cómo estabas.

Hubo un momento de silencio incómodo hasta que el chico declaró:

—Estoy bien, gracias; se ve peor de lo que es.

Darina sonrió tímidamente y se llevó las manos al cabello.

—Me alegra.

— ¿Por qué te sabes mi número de matrícula? –disparó a bocajarro el chico, a ella le hubiera gustado que tuviera un poco más de tacto.

Darina se acercó al chico y tomó asiento junto a él.

—Perdón Pato –se quedó callada un momento, parecía que se iba haciendo cada vez más pequeña, o ella así lo sentía—, lo que pasa es que me gustas –musitó ese "me gustas" casi como un murmullo, ella quería que fuera imperceptible, pero él lo alcanzó a oír.

Se quedó inmóvil sin saber qué decir, después de todo él había preguntado, pero se preguntaba qué se dice en un momento como este.

Ella miró las pálidas manos del chico y fue llevando su mirada hacia arriba, hasta poder ver su rostro.

— ¿Te molesta? –cuestionó ella con el nerviosismo al límite. Quería salir corriendo, pero quería saber qué pasaba por la mente de Patricio.

—No –se apresuró a responder él, no quería hacerla sentir mal—, es sólo que yo... –dudó—, no sé mucho de esas cosas –admitió.

— ¿Esas cosas?

—Creo que nunca me había gustado alguien, al menos no para decírselo.

Darina acarició el rostro del chico obligándolo a mirarla, para ella era algo casi mágico, su corazón estaba a mil y sus manos temblorosas delataban lo mucho que había guardado esto. Para él era extraño, nunca nadie le había tocado el rostro de esa forma, y no supo muy bien por qué se estaba poniendo nervioso. Darina se acercó a él, quería besarle, quería

probar eso que había callado por un tiempo por el miedo al qué dirán, ¿qué dirían sus amigas?, todos los que se burlaban de Patricio; Darina era una niña regular, de cierta forma popular, y Patricio era algo así como el raro de la clase, para algunos un emo, para otros el matado de la clase, el genio, el inadaptado, el —Batracio— de Roberto Rivadeneyra, pero a ella le gustaba, le gustaba por ser todo lo que los más no eran. Ella había tenido algunos novios, ya había estado con los chicos populares y Patricio era todo lo que ella no era, todo lo que nadie pensaría que le pudiera gustar.

Lo besó y se tomó su tiempo para acariciar sus labios, Patricio permanecía inmóvil y eso le dolió, sintió que lo obligaba, se retiró con un nudo en la garganta y los ojos vidriosos de aquel que quiere llorar.

—Perdón —se disculpó—, nunca he besado a nadie, no sé cómo se hace.

Darina se recompuso, eso no era un no, Patricio no la estaba echando.

—Eres adorable —dijo ella en un tono más relajado, se acercó de nuevo para besarlo, y antes de juntar sus labios dijo: tú no hagas nada, deja de pensar.

¿Cómo iba a dejar de pensar?, si era lo que mejor hacía, Patricio pensó que eso era imposible y sintió los labios de Darina sobre los suyos, se preguntó por qué era tan difícil, ya lo había visto cientos de veces en la televisión y las películas, incluso en la pornografía y no parecía ser tan difícil.

Cerró los ojos sintiéndose completamente estúpido y sintió las manos de Darina sobre sus brazos, el chico movió los labios y cuando se dio cuenta de lo que pasaba con él ya estaba besando a Darina, sus manos acariciaban el cuello y la espalda de la chica.

Darina besó el cuello de Patricio y él no supo qué le estaba pasando, era una mezcla de cosquillas y calor, le molestaba, pero no quería que se detuviera. Darina Anaya le estaba quitando la playera y él se estaba dejando, ¿por qué no hacía nada para detenerla?, ¿por qué lo besaba en el torso?, ¿cuándo lo había tumbado en esa cama?, ¿por qué le gustaba tanto que lo acariciara?, ¿le gustaría a ella si él hiciera lo mismo? Patricio abrió los ojos y se encontró con la imagen de Darina con la falda escolar y un sujetador blanco, ¿cuándo se había quitado la blusa? Patricio sintió que estaban llegando demasiado lejos, pero decir algo en este momento podría hacerla sentir ofendida, y no quería eso, igualmente no sabía si quería detenerse, acarició la cintura de la chica y besó sus labios. Sintió las manos de Darina sobre sus hombros; no se quería dejar llevar, de hacerlo podrían pasar muchas cosas para las que creía no estar seguro; abrazó a la chica y la acurrucó junto a él.

— ¿Qué pasa?— preguntó ella intrigada.

Patricio acarició su cabello y permaneció en silencio viéndola.

— ¿No te gusto?— cuestionó ella empezando a imaginar que Patricio la rechazaba.

—No, no es eso Darina; es que si sigo con esto no sé qué va a pasar; además no sé cómo hacerlo y no creo que sea un buen momento. ¿A qué te refieres?

—No quiero hacerlo así— la mente de Patricio había empezado a trabajar haciéndole pensar en enfermedades y embarazos juveniles.

—Si no te gusto sólo dímelo Patricio, pero no me quieras ver la cara de idiota.

—Ya te dije que no es eso, no tengo condones, ¿de acuerdo?; y no quiero pelear contigo después por decisiones para las que no estamos listos.

Darina se quedó fría por un momento, Patricio había dicho eso casi a gritos y era la primera vez que lo veía afectado por algo, estaba un tanto incómoda pero se sentía halagada por el hecho de que Patricio la estuviera cuidando, acarició el rostro del chico y lo besó; sus manos siguieron acariciando a Patricio hasta que éste se levantó de improviso para encerrarse en el baño.

— ¿Pato?— lo llamó ella al no entender al chico—, ¿hice algo malo?

—No, perdón...— Patricio estaba en problemas, ya estaba muy excitado y eso le hacía sentirse avergonzado.

— ¿Puedo entrar?— cuestionó ella abriendo la puerta.

— ¡Darina no!— se quejó Patricio dándole la espalda, ella entendió lo que estaba pasando —Esto es muy vergonzoso para mí— dijo Patricio tratando de manejar su erección.

Darina se acercó al chico y lo abrazó por la espalda, Patricio no estaba muy cómodo con eso, por un lado se sentía avergonzado y por el otro le preocupaba que Darina se sintiera ofendida, la chica le besó el cuello y llevó sus manos a las manos de Patricio para ayudarlo.

—Darina...— se quejó él.

— ¡Shh!, es natural – dijo ella—, además; está chido que haya sido por

mesa.

— ¡Patricio! –gritó Ana Lucía enojada.

—Déjalo, voy a hablar con él.

— ¿De qué habla?, ¿qué verdad?

—Dame unos minutos con él, ¿de acuerdo? –dijo Ricardo siguiendo al chico a su habitación.

Ana Lucía no entendía nada, pero sabía una cosa, Ricardo no se iría hasta que le explicara qué estaba pasando.

— ¿Puedo pasar? –cuestionó Ricardo desde el marco de la puerta.

Patricio no dijo nada, y tampoco intentó negarle la entrada. Ricardo ingresó y tomó asiento en la silla frente a la computadora.

— ¿Por qué no dijiste nada? –cuestionó el chico.

— ¿Cómo supiste? –preguntó Ricardo. Patricio tomó las fotografías y las arrojó a las manos de su padre.

—No respondiste a mi pregunta –agregó el chico.

—No sabía que se conocían.

— ¡Por favor, papá! ¡Estamos en la misma escuela! –agregó el chico haciéndole entender a Ricardo que resultaba un poco obvio.

—No sabía que estaban en la misma escuela, ¿de acuerdo?, su madre escogió la escuela, creo que fue el único lugar en donde lo aceptaron con sus antecedentes.

—Como si eso lo hiciera mejor –se quejó Patricio—. ¿No te parece que habría sido buena idea al menos decirme el nombre de mi hermano?, y a todo esto, ¿por qué no lleva tu apellido? Patricio había tocado un tema sensible.

—Lleva el apellido de los Rivadeneyra, es una familia importante –se limitó a decir.

—O sea que igual no eres nadie para ellos –agregó Patricio enfrentando a Ricardo a la realidad que ningún Rivadeneyra decía pero que él sabía en lo profundo. Roberto y tú están cortados con diferente tijera, ¿de acuerdo?,

lo único que quiero es protegerte; y no, no quiero que convivas con él.

— ¡Qué bien papá!, qué mal que ya convivo con él.

— ¿Qué está pasando? —cuestionó Ana irrumpiendo en la habitación.

—Le explico a papá que mi hermano me rompió la nariz, pero eso es algo que no tiene importancia, porque de hecho no sabía que era mi hermano —dijo Patricio antes de dirigir su mirada hacia Ricardo — ¿Roberto sabe que soy tu hijo? —cuestionó.

— ¿Cómo dices? —preguntó Ana sin dar crédito a lo que había escuchado.

—No lo creo —respondió Ricardo atendiendo a la pregunta de Patricio.

—No me voy a cambiar de escuela, estoy a mitad de semestre y siempre trato de evitar a Roberto Rivadeneyra; ahora, ¿podrían dejarme solo, por favor?

Ricardo sintió que las cosas con Patricio iban mal, pero el forzar la situación terminaría arruinándolo todo. Ana Lucía y Ricardo abandonaron la habitación del muchacho, y regresaron al comedor.

— ¿Me quieres explicar lo que pasó? —Ana Lucía se veía molesta. Ricardo le entregó las fotografías y comenzó a explicarse.

—El chico de la foto es Roberto Rivadeneyra, mi hijo; y es quien golpeó a Patricio.

— ¿Golpeó a mi hijo por ser su hermano?

—No —se apresuró a responder Ricardo—, no lo sé, no lo creo. No creo que Roberto sepa que Patricio es mi hijo.

—Pues averígualo —ordenó Ana furiosa—, si ese chico vuelve a tocar a mi hijo lo voy a llevar con las autoridades, me importa un carajo que sea tu hijo, ¿por eso querías cambiar a Pato de escuela?, ¡claro, para poder seguir con tu jueguito estúpido!, ¿quién le mandó esto a Patricio? —cuestionó Ana agitando las fotografías.

— ¡No lo sé!, no tengo la menor idea. Desde hace algunos días alguien está buscando fastidiarme sacando mi información por ahí.

— ¿Y no te parece que es buena idea tratar de averiguar quién está haciendo eso?, ¡eres un desastre Ricardo, haz algo para poner tu vida en orden, y no le fastidies la vida a mi hijo en el camino; no hicimos poste,

para terminar formando grandes gotas en sus sienes, tomó un pañuelo desechable y limpió aquel rastro de nerviosismo. Encendió el clima y lo puso a 22, eso sería suficiente para mantener la habitación fresca.

Se acicaló el cabello absorta en la imagen de su reflejo, buscaba la forma adecuada de acomodarlo, algo atrevido; pero que no gritara "soy una zorra", necesitaba darle un aire de "formalidad" sin terminar pareciendo la secretaria de Ricardo. Escuchó la puerta de la habitación y se percató de que él ya estaba ahí.

¿Cuánto tiempo había pasado?, ¿habían sido 15 minutos?

Lo vio en el reflejo, el hombre se había quitado el saco y la corbata, los había arrojado sobre una silla, sin preocuparse de que habían resbalado por el respaldo hasta casi alcanzar el suelo, en su rostro parecía dibujarse la expresión de un hombre enojado, su nerviosismo se incrementó.

Ricardo desabotonó su camisa y la colocó en el respaldo de la silla que ella ocupaba, le acarició los hombros y la tomó de la barbilla para evitar que dejara de verse en el espejo.

—Eres una hermosura —declaró antes de besar su cuello y deslizar su mano izquierda hasta uno de sus senos, lo apretó con fuerza; ella sintió que las cosas no estaban normales, se preguntó si acaso él presentía algo.

— ¿Pasa algo? —cuestionó ella buscando una explicación.

Trataba de incorporarse, pero las manos de Ricardo sobre su cuerpo parecían querer tenerla sobre esa silla, él tomó el respaldo de la silla y con un movimiento hizo girar la silla unos 90 grados, no había sido tarea difícil para él considerando su físico atlético y la fragilidad de la ocupante de la silla. Quería tenerle frente a él, acarició su cabello viéndola fijamente a los ojos en un acto casi hipnótico, ella entendió que era el momento de quitarle los pantalones. Se deshizo del cinturón, después se encargaría del botón y la bragueta; los pantalones deslizaron hacia abajo quedando atrapados en sus tobillos. La tomó por la nuca y con un ligero tirón en su cabello la obligó a levantar el rostro, la besó, mordió su labio inferior como si quisiera succionarlo, no con demasiada fuerza pero sí con la suficiente para no dejarla escapar; las manos de Ricardo se deslizaron hasta sus calzoncillos, los deslizó hacia el suelo para después deshacerse de ellos con pequeños movimientos de sus pies, su pie derecho se encargó de alejar aquella ropa con una ligera y sutil patada.

Le liberó los labios y jugueteó con su cabello llevando la vista hacia el techo, no había mucho qué decir, él deseaba una felación y ella lo sabía.

Acarició sus muslos subiendo lentamente hasta colocar sus manos sobre la cadera de Ricardo, el hombre estaba ligeramente excitado pero ella se encargaría de arreglar eso, comenzó a besar el sexo de su acompañante con caricias mustias que parecían resistirse a ser entregadas, él le acarició los hombros, sintió sus labios apoderándose de su miembro y provocándole una excitación mayor a la que ya presentaba, sintió la erección de su acompañante invadía su boca, siguió con sus movimientos, escuchando el placer que le provocaba al hombre al que le había aceptado convertirla en "la otra".

Él la tomó por los hombros y la apartó de su cuerpo, la tomó por la barbilla y la invitó a ponerse de pie, la besó cuando la tuvo frente a él, acarició sus brazos que yacían a cada lado de su esbelto cuerpo y después tomó los tirantes del sostén que la cubría, comenzó deslizándolos con delicadeza hasta dejarlos colgando lejos de sus hombros, le besó el cuello y acariciando su cintura llevó las manos hasta sus pechos para desproveerlos de un tirón de aquel sostén púrpura que le resultaba tan estorbo en ese momento. El tirón fue violento pero ella no sintió dolor, era como si éste hubiera sucumbido entre las manos de Ricardo.

La tomó por la cintura y la levantó para llevarla sobre la cama, se arrojó con ella aprisionándola bajo su cuerpo mientras la escuchaba cuestionar si todo estaba bien, Ricardo no respondía, sólo quería hacerse de su cuerpo una vez más, ya habría tiempo para charlar después, pero porqué arruinar el momento con una plática que igual a ella no le competía de acuerdo a la forma de pensar de él.

Le flexionó las piernas y le acarició la cadera adueñándose de los coquetos listones que aseguraban los interiores que había elegido para la ocasión, los desanudó y se deshizo de las bragas arrojándolas lejos de él; le separó los muslos y se colocó entre ellos comenzando a besar el abdomen de la mujer que yacía sudorosa, excitada pero sobre todo intrigada por su actitud. Él aún no había querido responder a la pregunta de qué ocurría para que las cosas fueran a este ritmo.

Sintió sus manos jugando con su intimidad, invadiendo repentinamente su cuerpo con unos dedos que se sentían extrañamente fríos, no sabía si esto le gustaba o le perturbaba, pero no tenía más alternativa que seguir hasta el final. Decidió acariciar el cabello de Ricardo buscando ser participe de la acción, no le gustaba sentirse a la deriva y en este momento Ricardo la hacía sentirse acorralada.

No se percató del momento en que él había decidido invadir su cuerpo con su virilidad, la invasión fue repentina y dolorosa, Ricardo estaba muy excitado y en esta ocasión parecía estar más absorto en la búsqueda de su propio placer, que en hacerle pasar a ella un buen rato. Sus movimientos eran invasivos, le aprisionó la cadera con ambas manos mientras ella jadeaba y emitía breves gritos que él confundía con

bebido y no habría sabido hacerlo adecuadamente.

En más de una ocasión le había golpeado la cabeza contra la cabecera de la cama y los constantes tirones de su cabello, le habían hecho pensar que el chico era una bestia, con todo; no la había pasado mal, para alguien que había sufrido los efectos de sus descargas hormonales, hasta un poco de sexo malo resultaba suficiente.

— ¡Levántate!, y tú vístete— ordenó Oswaldo arrojando una remera a las manos de la chica—, muévete Roberto; algún vecino idiota llamó a mi abuelo y viene para acá.

— ¿Qué?— cuestionó a gritos la chica.

—Que tienes dos minutos para largarte de la casa— respondió Oswaldo—. ¡Carajo!, estás ebrio— añadió tratando de poner a Roberto sobre sus dos pies.

El chico era un despojo, Oswaldo y la chica se ayudaron mutuamente para poder llevar a Roberto al baño, en donde el anfitrión de la fiesta dejó correr el agua de la regadera para tener una coartada con su abuelo.

— ¡Lléguenle cabrones!— ordenó Oswaldo para sacar a la gente de la casa mientras se apresuraba a esconder los vasos y botellas que habían rodado por toda la planta baja, pensó en bajar el volumen de la música pero después reflexionó en que eso sería demasiado obvio. Se arrojó al sillón de la sala cuando escuchó la puerta principal abrirse.

— ¡Oswaldo!, ¡Oswaldo!— lo llamó su abuelo a gritos.

Oswaldo bajó el volumen de la música y fingió estar sorprendido.

— ¿Qué onda abuelo?— cuestionó con tal naturalidad que a su abuelo le pareció una desfachatez.

— ¿Qué onda?— repitió el anciano —, ¿Qué es todo el escándalo?, me llamaron los Landa para decirme que te habías montado toda una fiesta.

— ¡Ah que no inventen!— reclamó el joven—, sólo estoy oyendo música con Roberto Rivadeneyra.

— ¿Y dónde está él?— preguntó el viejo.

—Se está dando una ducha.

El abuelo del chico comenzó a dar un recorrido por la casa para

Capítulo 6

Ricardo pensó que debía empezar por el inicio, “enderezar tu vida”, ¿quién podría tener interés en que hiciera algo como eso?, si lograba descifrar eso averiguaría quién estaba detrás de las tarjetas, tomó una hoja de papel y escribió en ella los nombres de las personas a las que pensó que podría interesarles una cosa así, y de quienes sospechaba:

María Luisa
Ana Lucía
¿Roberto?
Patricio
Alicia Loynaz
Roberto Rivadeneyra —suegro
Ana María Miranda
¿Regina?
¿Olga?
¿Federico Rojas?

Decidió iniciar con esa lista, para ir descartando a la gente a la que consideraba más involucrada con él. Pensó en el hecho de que Patricio y Ana Lucía parecían muy sorprendidos tras el episodio de las fotografías, además, ¿qué interés habría tenido Ana en mandarle esas fotografías a Patricio?, y no creía al chico tan loco como para haberse montado una obra como esa él solo, decidió tachar ambos nombres, por ahí no iba la cosa, además Ana Lucía siempre había sabido cómo eran las cosas con él, si acaso lo único que Ricardo había omitido era el nombre del hijo que había engendrado con María Luisa.

¿Olga?, ella no sabía mucho sobre él; si acaso sabía, o más bien creía, que se estaba divorciando para terminar con un matrimonio insatisfactorio, además Olga era la mujer más dulce y paciente que había conocido; ella lucharía a su lado y lo acompañaría contra viento y marea.

Si pensaba seriamente en María Luisa, era la última persona a la que le daría tanto crédito, sobre todo pensando en el hecho de que quien mandaba las tarjetas sabía de su vida con Ana Lucía, y María Luisa era más del estilo de ir a llorar a los brazos de sus padres. Después de todo le estaba siendo infiel. Tachó esos nombres también.

Eso lo dejaba con sus suegros, la madre de Ana, su hijo Roberto, Rojas y su secretaria; pensó que cualquiera de ellos bien podría ser capaz de algo así.

En caso de ser Roberto, su hijo, seguramente pediría dinero a cambio de guardar silencio en breve, y eso lo delataría. Pero no podía dar por

lista de sospechosos.

— ¿Ahora?

Regina asintió con la cabeza. Se acomodó el saco y abordó el ascensor, ¿qué podría querer ahora el viejo?, salió del ascensor con amplia sonrisa y tomó asiento en la sala de espera, junto con quienes aguardaban por un momento con el señor Rivadeneyra.

—Pase por favor, señor Soto –le indicó la secretaria del dueño del lugar.

Ricardo supo que algo iba muy mal. Se abrió paso entre los muros, y escuchó la voz de su jefe y suegro decir:

—Cierra la puerta detrás de ti.

—Buenos días –saludó Ricardo.

—Si te parece –respondió el hombre—, ¿me quieres explicar esto?

—agregó su suegro arrojándole unas fotografías a la cara.

Ricardo tuvo que inclinarse para recogerlas del suelo. En las imágenes figuraba él “en el lugar de siempre” comiendo con Olga.

—No me vengas con que es una clienta porque me guardé las mejores fotos para mí –agregó Rivadeneyra agitando algunas fotografías con la mano.

—Ella es...

— ¡Tu amante! –reclamó Rivadeneyra. Ricardo sudó frío. —. Si serás pendejo Soto, si vas a tener a tus putas al menos escóndete.

Ricardo estaba confundido, ¿sería acaso que Rivadeneyra aprobaba que tuviera amantes?

— ¡No puedes estarte exhibiendo con ellas!, ¿acaso te piensas que yo permito que Ana María se entere de mis negocios? —. ¿Era eso una confesión? —. Y te recuerdo que estás casado con mi María Luisa, así que déjate de pendejadas, ¿me entiendes?, vas a ir a buscar a tu putita y la vas a mandar a la mierda, y me quieres explicar ¿de qué va esto?

—Rivadeneyra arrojó la tarjeta amarilla con la leyenda:

“5 días para enderezar tu vida:

¿La reconoces?”

Gracias por apoyar el trabajo de los autores.